

Cuadernos de 19 Alzate

1998

Revista vasca de la cultura y las ideas

pp. 177 - 198

LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS VASCAS DE 1998: UN PASO AL FRENTE (NACIONALISTA)

Francisco José Llera Ramo(*)

En estos veinte años largos la sociedad vasca ha ido construyendo una arena política democrática que hay que relacionar necesariamente con la institucionalización autonómica. Las elecciones autonómicas vascas han sido fundamentales para la legitimación del proceso autonómico vasco y la construcción y arraigo de las instituciones del autogobierno vasco. Pero, al mismo tiempo, la legitimación de la autonomía vasca ha de verse también como clave para la consolidación de la democracia en España. De este modo, autonomía vasca y democracia española comparten los mismos requisitos del sistema político y definen un esquema de gobernabilidad con implicaciones recíprocas.

Las elecciones autonómicas, las vascas también, suelen definir una arena de segundo orden con una menor movilización electoral, que en el caso vasco se viene manifestando en forma de abstención diferencial, y mayores oportunidades de respaldo electoral y presencia política de las opciones nacionalistas, regionalistas o locales. Es una constante que en las elecciones autonómicas vascas la dimensión nacionalista o identitaria pesa más que la adscripción ideológica izquierda/derecha en la decisión de voto de los electores, incrementando de forma notable el peso de la representación de las opciones nacionalistas. Por otro lado, el ciclo político en el que se inscriben estas elecciones se inicia en España en las legislativas de 1989 y se caracteriza por un realineamiento electoral continuado que refuerza electoralmente al PP e IU, estanca al PNV y hace retroceder al PSE-EE, HB y EA, con una pérdida de posiciones del nacionalismo en su conjunto frente al auge del autonomismo, claro en elecciones legislati-

(*) Catedrático de Ciencia Política de la UPV.

vas y más atenuado en las autonómicas. Este retroceso continuado del nacionalismo, situado ante la hipótesis verosímil de perder su holgada mayoría autonómica, le había generado un vértigo político, sin el que no es posible entender el giro estratégico gestado durante el último año y confirmado en los prolegómenos electorales. Además, se trata de las primeras elecciones en las que el protagonismo sangriento de ETA es sustituido por la sombra de la tregua. Tal declaración hay que entenderla desde la pérdida de capacidad operativa del terrorismo desde el comienzo de la década, el desgaste político y electoral causado por la violencia callejera y la derrota política producida por la movilización ciudadana tras su desesperada huida hacia delante con la llegada del PP al gobierno.

La dirección del PNV ha confirmado la radicalización nacionalista, al forzar a su candidato Juan J. Ibarretxe a formar un gobierno de coalición nacionalista minoritario con 27 de los 75 escaños (un 36 %) y compuesto por PNV y EA. Ambos partidos, tras perder un 10 % de sus escaños, han tenido que apoyarse en los 14 de EH para superar la investidura del nuevo *lehendakari*, sin que previamente exista un acuerdo formal de coalición ni pacto de legislatura, aunque si la promesa de mantener tales apoyos siempre y cuando el nuevo gobierno camine por la senda trazada en Lizarrta. La clave del acuerdo nacionalista (y el desacuerdo con PP y PSE-EE) es la defensa del llamado *ámbito vasco de decisión* en relación a dos de las condiciones impuestas por los terroristas: soberanía (autodeterminación) y territorialidad (integración de Navarra y el País Vasco francés), que no son otra cosa que el programa máximo del nacionalismo. De esta forma, el nacionalismo moderado deja de serlo y se convierte en rehén del nacionalismo antisistema, adhiriéndose a sus fines y obviando sus métodos, al tiempo que legitima a posteriori su estrategia violenta y pone en cuestión las reglas del juego del consenso democrático.

Los resultados de las sextas elecciones autonómicas celebradas el 25 de Octubre en el País Vasco deben ser leídos y explicados teniendo en cuenta, además, algunas variables que contextualizan la coyuntura y el escenario político en que se han celebrado, así: 1) el anuncio de tregua indefinida de ETA; 2) la declaración de Estella; 3) el protagonismo del PP desde el gobierno de Madrid; 4) el llamado *espíritu de Ermua*; 5) la renovación en las cabeceras de los carteles electorales de los principales partidos (PNV, PP, EH y PSE-EE);

6) el cambio de siglas, candidatos y estrategia de HB por EH; y 7) el ingreso en prisión de los condenados por el primer juicio de los GAL.

LA CAMPAÑA ELECTORAL: FRENTISMO MOVILIZADOR

Pocas campañas electorales han resultado tan decisivas en la movilización del electorado y en la formación y decantación de la decisión electoral de los ciudadanos. Antes del verano las encuestas apuntaban a un nivel de participación de voto alrededor del 65 %, un volumen de indecisión u ocultación de voto alrededor del 25 %, una subida firme y en solitario en intención de voto de PP y PSE-EE, y empates técnicos en la representación parlamentaria de estos dos partidos en la segunda posición y, por primera vez en elecciones autonómicas, entre la de los bloques nacionalista y autonomista. Estas previsiones contrastan significativamente con los resultados finales, tanto de participación como de reparto de pérdidas y ganancias, y, sobre todo, con el incremento notable del nivel de indecisión en las últimas encuestas de campaña, en las que se superaba el 40 %.

La discusión sobre la política de frentes, que todos se negaban para sí mismos y reprochaban al contrario, se convirtió en el eje de la campaña de todos los partidos. Lo más significativo era la visualización de esta dialéctica frentista entre los grandes partidos. Por un lado, el PNV y HB, no solo no discrepaban en público entre ellos, si no que se avalaban e interpretaban recíprocamente en lo que habían conseguido que fuese el tema principal, el futuro de la pacificación en los términos de la declaración de Estella, que era su auténtico programa electoral unitario, frente a lo que ellos entendían como vértigo inmovilizador de los partidos estatualistas. Por otro lado, PP y PSE-EE, menos seguros del éxito electoral que les auguraban las encuestas de primavera y con la necesidad de contrarrestar el efecto de la tregua, arremetían al unísono contra el frente nacionalista, reafirmando los principios constitucionales y estatutarios, pero sin la más mínima muestra de diferencia entre ambos, lo que hacía más verosímil el argumento de los nacionalistas, al tiempo que movilizaban a su electorado. Lo cierto es que la simplificación frentista de la campaña y el devenir posterior de la tregua en torno a las condiciones políticas de la pacificación convertían las elecciones en una suerte de plebiscito difuso, del que los únicos beneficiarios sólo podían ser los dos actores principales de tal polarización y de la futura solución: la intención de poner punto final a la violencia (EH) y la disposición a dialogar desde la firmeza de quien tiene la responsabilidad de gobierno (PP).

La campaña se caracterizó por un tono agresivo, agrio y de un radicalismo verbal entre los partidos democráticos fuera de lo común. Los grandes partidos optaron por tocar la fibra emocional e identitaria, basada más en el rechazo del contrario (convertido casi en enemigo) que en la autoafirmación ideológica propia, abandonando la discusión racional de las propuestas. Los únicos que tenían un cierto espacio y posibilidades de un discurso propio autoafirmativo eran el PP y EH, el resto solo tenían margen para actuar a la defensiva o andar a la greña elevando el tono de la descalificación. El tono de la campaña lo dio el «txupinazo» de salida de Arzalluz en Saiburua con aquel «los vascos no cabemos en la Constitución», respondido por Aznar en Anoeta con aquello de que «la paz sí cabe en la Constitución». A partir de ahí las cosas rodaron solas entre los reproches mutuos de deslealtad, de irresponsabilidad, de radicalismo, de juego sucio y de descalificación radical sobre la voluntad y la capacidad real para normalizar el país, sobre todo entre los tres grandes partidos: PNV, PP y PSE-EE.

Lo cierto es que, fuera de este tema central, en el que se mezclaba todo (la composición de gobierno, el mérito y los riesgos de la tregua, la autodeterminación, los presos, la reforma constitucional, el lugar y los comensales de la futura mesa del diálogo, etc.), no había lugar, ni para dar cuenta de la gestión política (del gobierno o de la oposición) realizada por los distintos partidos en la última legislatura, ni para ninguna otra propuesta programática, más o menos específica, acorde con la trayectoria política y la identidad ideológica respectiva de cada partido. Tan sólo los partidos menores, conscientes de su desplazamiento del escenario, lo intentaban sin éxito para hacerse escuchar ante el griterío de los grandes.

El PNV, con su «Mira hacia adelante. Queda mucho por hacer» y apoyándose en las imágenes de eficacia y moderación de Ibarretxe y firmeza de Atutxa, basó su campaña mediática en los logros gubernamentales dirigidos a segmentos específicos de su electorado: bienestar y servicios sociales para la tercera edad, competitividad y convergencia europea para empresarios y profesionales, programas específicos para la juventud, programas de empleo para los parados, cultura y lengua propias y, sobre todo, diálogo, tolerancia y reconciliación. Con un gran despliegue de medios, materiales y personales, ha sido la campaña de la movilización partidista por excelencia.

El PP, con su «Por un país de todos» y apoyándose en la acción gubernamental, con la profusa presencia del presidente y miembros del gobierno en la campaña, se presentó como la mejor garantía de firmeza y libertad. Unas siglas, que estaban poco menos que proscritas hace pocos años en la sociedad vasca, recuperan centralidad en la política vasca, gracias a la propia gestión gubernamental, pero, sobre todo, al sacrificio de sus representantes víctimas del terrorismo, a la eficacia y firmeza de su política antiterrorista, al crédito autonomista que el propio PNV le dio tras sus pactos en Madrid y los acuerdos sobre el Concierto Económico y la recuperación de iniciativa, con una reacción abierta y dialogante, ante el anuncio de tregua, tras los primeros titubeos (recuérdese que hace un año en las campas de Saiburua, lugar de celebración tradicional de la fiesta anual del PNV, el mismo Arzalluz proclamaba que el PP había hecho más por el Estatuto en un año que el PSOE en una década). Lo cierto es que una parte importante (AP frente a UCD) había mantenido en su momento posiciones ambiguas, si no negativas, frente a la Constitución y el Estatuto, se presentaba ahora como el mejor garante del marco constitucional y estatutario. Si a esto añadimos la carencia absoluta de beligerancia por parte del PSE-EE, su principal competidor: esiatal desde la izquierda, y el recurso del PP en la recta final de la campaña al voto útil y firme frente al nacionalismo, lo que implicaba una sutil descalificación de los socialistas, los populares definen una clara evolución centripeta en el País Vasco, hasta el punto de disputarles ese espacio central tanto al PNV como al PSE-EE.

EH (Euskal Herriarrok), traducido por sus mentores como «nosotros, los ciudadanos vascos», pero que en realidad sería más bien «nosotros, los pobladores de Euzkalerria», define, además del cambio de siglas de HB y del juego de palabras con la ciudadanía de un ente político-territorial inexistente (aunque reivindicado por ellos), una formulación y una voluntad excluyentes. Bajo el eslogan de «Hablado la hora de trabajar y votar juntos», se definen a sí mismos como «una plataforma electoral que cuenta con el apoyo de formaciones políticas como HB, Zutik o ANV, de exdirigentes políticos del PNV y EE. Con la participación de sindicalistas de ELA, LAB, ESK-CUUIS, STEE-EILAS o del sindicato agrario EHNE, representantes del movimiento feminista, de EHGAM, del movimiento ecologista, de GOGO y de la Carta Social, de diferentes organizaciones juveniles, de sectores de la Iglesia, de personalidades de nuestra cultura, del mundo del euskera, del deporte vasco, de Senideak y de un largo etc.». La campaña se la habían

hecho ya dos factores: la propia tregua, con la que obtienen la adhesión de todos aquellos que les habían abandonado por el mantenimiento de la violencia, y la declaración de Estella, mediante la que consiguen el reconocimiento del nacionalismo moderado, que, a su vez, era el único que tendría que explicar las contradicciones que este pacto generaba. EH se podía presentar ante un amplio sector del electorado vasco como un valor seguro para la pacificación. El lavado de cara mediático contaba, además, con el valor añadido de que, tanto el PNV en positivo como el PP y el PSE-EE en negativo, le acreditaba como potencial socio de gobierno, aunque fuese mediante el simple apoyo parlamentario. El viaje era meteórico y sorprendente, ya que, manteniendo intacto su discurso totalitario, sin acreditación fáctica de ningún tipo y por simples declaraciones de intenciones, pasaba de ser un partido antisistema puro y duro a que, por intereses electorales de otros, le convirtiesen de la noche a la mañana en un partido responsable y de gobierno. Un éxito de manual de sus competidores. De este modo, haciendo uso de sus rituales tradicionales y movimentistas de campaña, aun le quedaba tiempo y espacio para contar sus ofertas programáticas de izquierda radical.

El PSE-EE, con su «Las cosas claras. Euskadi es de todos», que no se diferenciaba del mensaje del PP y que, incluso, había sido ideado mucho antes de la campaña (y por tanto de la declaración de tregua) y antes también de la crisis de la mesa de Ajuria-Enea o de la ruptura veraniega de la coalición de gobierno con PNV y EA, optaba por batirse sólo con el nacionalismo. Para ello, desde la defensa reiterativa de la Constitución y el Estatuto y el recurso a las raíces del socialismo de los inmigrantes de la margen izquierda de la ría de Bilbao, acusaba al nacionalismo en su conjunto, pero más particularmente al PNV, de deslealtad constitucional, de radicalización irresponsable, de aventurerismo frentista y de intentar sacar ventajas políticas del final del terrorismo. Sin ninguna propuesta nueva, lo único que le quedaba era valorar positivamente la trayectoria de colaboración e integración entre nacionalistas y socialistas y los rendimientos, en términos de tolerancia, bienestar y equilibrio sociales, de los años de gobierno, sin embargo tal sintonía quedaba eclipsada por el griterío de los reproches y las descalificaciones mutuas. Sin valorar las cosas positivas de su propio pasado, quizá porque el cambio de líderes les exigía pasarlo por alto, eran sus adversarios los que les recordaban las negativas, quedando atrapados entre ese pasado del que no querían hablar y un presente que no podían protagonizar y haciéndoles más vul-

nerables a las críticas, tanto del PNV como de IU. Hasta tal punto renunciaban a un discurso propio, que no llegaron a transmitir con la fuerza necesaria ninguno de los mensajes de izquierda, que hoy son las señas de identidad de la socialdemocracia que triunfa en toda Europa. Contando con líderes nuevos, ni siquiera fueron capaces de afirmar en la opinión pública la imagen de renovación que podría haber quedado potenciada en esta coyuntura. Con lo cual, al electorado progresista más crítico con el pasado inmediato, no sólo no le ilusionaba la propuesta socialista, sino que tampoco se le presentaba como un voto útil o, al menos más útil que otros, para las coordinadas políticas en que se iba a mover la presente legislatura. Lo cierto es que su posición central, compartida hasta ahora con el PNV, ha quedado desdibujada, y el tiempo dirá si desplazada, por el protagonismo y moderación del PP.

EA, con el largo enunciado de su «Hacia una nación progresista para todos. Hacia un modelo socialdemócrata vasco», ya denotaba la dificultad de definir un espacio político propio en la nueva coyuntura política. Sin poder desmarcarse ni del PNV, de cuyo maridaje institucional depende para subsistir políticamente, ni de EH con quien había pactado el acuerdo de Lizarra, su propuesta de nacionalismo radical, pero no violento, tenía menos posibilidades de ampliar la audiencia entre esos dos grandes competidores, a los que tenía que respetar. Siendo como es un partido que, por su gestación, tiene su activo principal y casi único en su líder y en las fidelidades personales que cultiva, sólo podía hacerse valer atacando frontalmente a los dos grandes partidos estatales. Esto le obligaba a apostar sin ambages por el gobierno nacionalista y por la autodeterminación, añadiendo un barniz socialdemócrata a su discurso, gracias, entre otras cosas, a los frutos heredados en los últimos meses en el gobierno de la gestión que los socialistas habían realizado a lo largo de la legislatura.

IU no lo tenía más fácil que el anterior y su «Por la paz, por el empleo... Por Euskadi. La hora de la izquierda» denotaba a las claras tal dificultad. El giro estratégico que significó su alineamiento con los firmantes de la declaración de Estella y el intento de crear un espacio entre nacionalistas y autonomistas se saldaron con un estrepitoso fracaso. Si no hablar nada de izquierda le dejaba al PSE-EE sin su identidad, el hablar sólo de izquierda como quería IU le dejaba sin audiencia en un contexto en el que primaba la polarización nacionalismo/ autonomismo. Dado lo heterogéneo de sus apoyos recientes, su radicalismo autodeterminista, por un lado, no se diferenciaba de EH y,

por otro, espantaba a sus votantes autonomistas y de izquierdas, con lo cual unos se rendían ante la utilidad del voto a EH y los otros, o hacían lo propio ante el PSE-EE o, simplemente, se quedaban en casa.

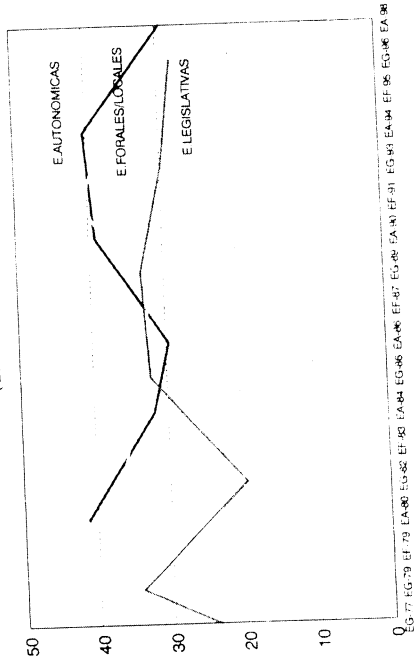
UA, con su «Alava como Navarra», que pretendía ser el mejor freno al proyecto nacionalista a base de apretar el acelerador del foralismo, cerraba el ciclo de su éxito electoral de las anteriores legislaturas. La previsión de ascenso del PP en Alava, a quien muchos de los electores de UA ya habían votado en las elecciones legislativas de 1996 por su no concurrencia electoral, no garantizaba mayor utilidad al voto de orientación foralista. Por si fuera poco, los conflictos internos del último año y el pacto con el PNV en el Ayuntamiento de Vitoria restaban mucha credibilidad a su radicalismo antinacionalista, a pesar de ser los únicos que apostaban abiertamente por un gobierno de coalición entre no nacionalistas. El discurso populista y localista que les había servido en ocasiones anteriores no podía competir en esta ocasión con la fuerte polarización de la campaña y con la tendencia a la concentración de voto en las grandes opciones.

PARTICIPACIÓN DE PRIMERA

La participación en las sextas elecciones autonómicas de 1998 ha sido la mayor (70 %) de todas las elecciones autonómicas celebradas en Euskadi desde 1980. De lo excepcional de este momento político da cuenta tal récord de movilización electoral, que queda a un punto de la participación alcanzada en las elecciones legislativas de 1996 y ligeramente por encima de los máximos obtenidos en elecciones autonómicas también especiales por otras causas coyunturales, como las de 1984 (68,5 %) y 1986 (69,6 %).

A este tipo de competiciones locales o regionales con un menor nivel de movilización, en relación a las elecciones legislativas, solemos llamarles arenas de segundo orden, frente a la arena nacional o de primer orden que suele concitar la máxima concurrencia a las urnas (ver Gráfico 1). Así ha sido también en Euskadi, donde el promedio de abstención en elecciones autonómicas se sitúa en torno al 33 % frente al 28,6 % de las legislativas, siendo éste, además, siempre superior a la media española (con la única excepción de las legislativas de 1982) y llegando tal diferencial a superar los siete puntos en la última década. Sólo en una ocasión entre dos elecciones contiguas la participación autonómica (70,4 %) superó a la legislativa (67,8 %), se trataba de las elecciones del año 1986 en que se estaba fraguando la esci-

Evolución de la abstención en la C.A. del País Vasco (1977-1998)

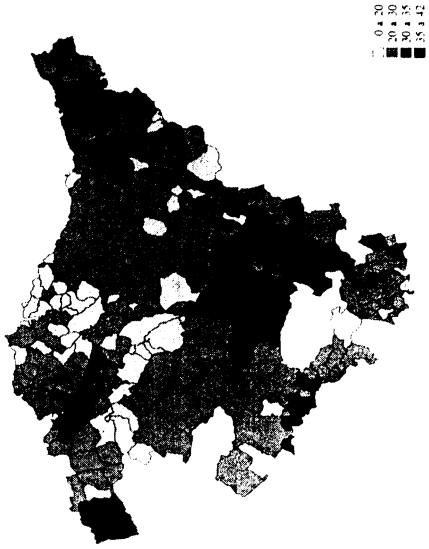


sión del PNV y los seguidores de Garatkoetxea propugnaron el boicot electoral al PNV en forma de abstención.

La particularidad de este diferencial movilizador entre una y otra arena política estriba en que, en general, no afecta por igual a todas las fuerzas políticas. Más allá de las peculiaridades de una determinada coyuntura política, hemos podido constatar una pauta recurrente de abstención diferencial que afecta especialmente a los apoyos electorales de los grandes partidos nacionales, y muy particularmente del PSE-EE. Según esta pauta, mientras que los partidos nacionalistas mantienen movilizado su electorado de una manera bastante homogénea e, incluso, potencian sus apoyos en la arena autonómica, los partidos nacionales ven como una parte importante y variable de su electorado se desmoviliza en esa misma arena. Si a esto añadimos la existencia de transferencias de votos de unos a otros (voto dual), tenemos un cuadro que explica una pauta específica del comportamiento electoral vasco. En esta constatación se basaban las expectativas optimistas del PP y PSE-EE que ligaban su mejor suerte electoral a la mayor participación. Sin embargo, esta tendencia sólo se ha confirmado a medias en esta ocasión.

Si la participación resulta relativamente homogénea en el conjunto de cada una de las tres provincias (70,3 % en Alava, 70,1 % en Guipúzcoa y 69,8 % en Vizcaya), no sucede lo mismo a lo largo y ancho del territorio, pudiendo detectarse algunas pautas participatorias que nos permiten deducir claves explicativas de lo sucedido con la movilización electoral (ver Mapa 1). Así, tomando en consideración el nivel de participación de los 250 municipios y las caracte-

Distribución municipal de la abstención en las elecciones autonómicas de 1998 (% de votos válidos)



rísticas locales de la competencia electoral, podemos clasificarlos en cinco grupos: a) el primero estaría formado por aquellos municipios en los que la participación superó el 75 %; b) el segundo por los que se mueven entre un 71 % y un 75 % de participación; c) el tercero por los que se sitúan en torno a la participación media (entre el 68 % y el 71 %); d) el cuarto por los que oscilan entre el 65 % y el 68 %; y e) el quinto los que no superan esa barrera del 65 %.

El primer grupo de participación superior al 75 % lo componen 20 de los 51 municipios alaveses, 28 de los 88 municipios guipuzcoanos y 73 de los 111 municipios vizcaínos. En total el 48 % de los municipios vascos. En el caso alavés son pequeños municipios en doce de los cuales gana el PNV, en otros cinco gana el PP, en dos EH y en uno empatan el PNV y el PP, alcanzándose el máximo de participación del 89 % en Añana. En el caso guipuzcoano, con la excepción de Azpeitia, Elgoibar y Azkoitia, se trata también de pequeños municipios en los que EH (14), PNV (10) y EA (4) se reparten, prácticamente, todos los votos, alcanzándose el máximo de participación del 94,4 % en Oreja. En Vizcaya, también con la excepción de Getxo (máxima competencia entre el PNV y el PP) y Guernica, el grupo lo componen los pequeños municipios, en los que vence abrumadoramente el PNV (66) y, en menor medida, EH (8), alcanzándose el máximo de participación del 90,9 % en Arrazua. Resumiendo, el PNV gana en el 72 % del grupo, EH en el 19 % y el PP y EA se reparten el 4 % y el 3 % restante, respectivamente.

El segundo grupo (b) lo componen 58 municipios (el 23 % del total), repartidos 10 en Alava, 27 en Guipúzcoa y otros 21 en

Vizcaya. Definen unas características muy similares al grupo anterior, destacando los casos de Llodio en Alava, Arrasate, Zarauz, Bergara, Beasain y Zumárraga en Guipúzcoa y Ermua, Bermeo y Amorebieta en Vizcaya. En Alava el PNV (7) y el PP (3) vuelven a repartirse el poder, lo mismo que EH (20) y PNV (5) en Guipúzcoa, mientras que en Vizcaya lo acapara el PNV (19); las excepciones las constituyen EA en Zarauz, el PSE-EE en Zumárraga y Ermua y EH en Aulesti. En total el PNV controla el 53 % del grupo, EH el 36 %, repartiéndose el resto el PP (5 %), el PSE-EE (3 %) y EA (1 %).

El tercer grupo (c) lo forman 35 municipios (el 14 %), repartidos 13 en Alava, 14 en Guipúzcoa y 8 en Vizcaya; entre los que se incluyen las tres capitales y poblaciones importantes como: Eibar, Hernani, Tolosa, Lasarte, Andoain y Fuenterrabía en Guipúzcoa o Portugalete, Galdácano, Lejona, Trápaga y Ortuella en Vizcaya. El PNV vuelve a ganar en 17 de ellos (48 %) —incluido Bilbao—, EH en 8 (22 %), el PP en 6 (17 %) —incluidos San Sebastián y Vitoria— y el PSE-EE en 4 (11 %).

El cuarto grupo, con una participación inferior al 68 %, lo integran 20 municipios (8 %), repartidos 4 en Alava, 9 en Guipúzcoa y 7 en Vizcaya, destacando por su peso demográfico Irún y Rentería en Guipúzcoa y siendo todos los vizcaínos grandes municipios del Gran Bilbao (Abanto, Baracaldo, Basauri, Erandio, Etxebarri, Santurtzi y Sestao); siendo el PSE-EE el que gana en 7 de los grandes (35 %), el PNV en otros 7 (35 %), EH en 5 (25 %) y el PP en 1 (5 %).

Finalmente, el último grupo (e) lo forman otros 15 municipios (6 %), sobre todo guipuzcoanos (10) y alaveses (4), además de Carranza en Vizcaya; entre los que destaca Pasajes. EH gana en 9 (60 %) y en 5 el PNV (33 %) y en el último el PP (6 %). Los mínimos de participación los dan San Millán en Alava (60,7 %), Herrialde en Guipúzcoa (58,2 %) y la propia Carranza en Vizcaya (58,5 %).

De la comparación anterior se deduce la fuerte movilización electoral producida en la mayor parte del territorio por la alta competitividad intranacionalista de los dos primeros grupos. La movilización media del tercer grupo, el más importante demográficamente y el más urbano, caracteriza-do por la máxima competencia entre los grandes partidos y donde el PP obtiene sus mejores resultados. La movilización baja del cuarto grupo, importante demográficamente y caracterizado por ser en el que el PSE-EE obtiene sus mejores resultados.

Así, pues, podríamos decir que mientras el nacionalismo moviliza todos sus recursos electorales a lo largo y ancho del territorio, el PP lo hace, sobre todo, en las zonas urbanas, mientras que el PSE-EE no llega a movilizar los suyos precisamente en las poblaciones en las que tiene su cantera natural.

ENTRE ERMUA Y ESTELLA: POLARIZACIÓN MODERADAMENTE CENTRIFUGA

Si no fuese por lo significativo de los cambios de fondo y lo especial de esta coyuntura política, en una situación de normalidad estas elecciones autonómicas habrían sido las de mayor continuidad, por la menor volatilidad electoral neta (7.9 frente a un promedio desde 1980 de 14.9) y el menor baile de escaños (10 frente a 20 en 1986, 12 en 1990 y 13 en 1994).

Los discursos políticos de la tregua y el futuro de la pacificación han hecho que esta dimensión estratégica de la campaña se cruzase con la polarización nacionalismo *versus* autonomismo, eclipsando totalmente la dimensión ideológica izquierdista-derecha. De acuerdo con lo previsto por la dinámica de largo recorrido previa a las elecciones, los beneficiarios han sido el PP y el PSE-EE, pero la irrupción de la tregua convirtió también en ganador a EH, al tiempo que reforzó aún más la posición del PP, provocando una dinámica moderadamente centrífuga. Por otro lado, este doble efecto combinado atenuó el retroceso del PNV y agudizó el bajón de los partidos menores. Simplificando, se puede decir que el escaño, pero significativo, cambio producido se ha librado entre Ermua y Estella y se saldó en tablas.

Estas elecciones han vuelto a demostrar la altísima capacidad de *movilización nacionalista* (107.329 votos más que en 1994, un 18,5 % de incremento), ahora intentando capitalizar la tregua y la operación política de Estella. Sin embargo el esfuerzo solo ha servido para frenar, en parte, el declive previsto y para producir un realineamiento interno entre sus tres opciones en favor de EH. Esta polarización nacionalista, con todo, hay que entenderla como una *radicalización estratègica*, que premia el cambio de rumbo hacia la moderación de la opción antisistema e incentiva el abandono definitivo de la violencia. Los 682.958 votos del nacionalismo que dan muy lejos de los obtenidos en 1984 (705.000) y, sobre todo, 1986 (776.000), pero, además, aunque en conjunto mantiene los escaños de su mínimo histórico de 1994 (41), pierde casi dos puntos en su posición relativa y su 53,9 % de los votos válidos es el peor resultado autonómico desde 1980. En este bloque el PNV con el 51 % de los votos retrocede ligera-

mente en su hegemonía, mientras que EH con el 32 % obtiene su mejor posición relativa desde 1986.

Por su parte, el bloque autonomista o no nacionalista (incluidos IU y UA) consigue su mayor éxito movilizador de cualquier otra elección autonómica. Los 567.607 votos de la *movilización autonomista* solo han sido superados en tres elecciones legislativas (1977, 1993 y 1996), añadiendo 123.415 votos a los obtenidos en 1994 (un 27 % de incremento). Sin embargo, aunque mantiene su posición en escaños, avanza un par de puntos en su posición relativa y el 44,8 % que obtienen es el mejor resultado en elecciones autonómicas. En el interior del bloque los cambios son más significativos, porque, además de producirse una mayor concentración del voto en sus dos principales partidos, éstos intercambian sus posiciones: el PP con el 44 % de este bloque (frente al 33 % de 1994) sustituye en la primera posición al PSE-EE (38 % frente al 39 % de 1994 o el 45 % de 1996).

Las opciones del *centro-derecha*, a pesar de haber perdido en su conjunto 1 escaño, con sus 734.584 votos han obtenido el mejor resultado desde la transición democrática, después de haber movilizado a 150.345 electores más que hace cuatro años

Tabla 1. Resultados electorales en Euskadi entre 1994 y 1998

	A-1994			I-1996			A-1998		
	Votos	% VV	Esc.	Votos	% VV	Esc.	Votos	% VV	Esc.
PNV	304.346	29,3	22	315.793	25,0	21	350.322	27,6	21
PP	146.960	14,2	11	231.284	18,3	16	251.743	19,9	16
EH(HB)	166.147	16,0	11	154.853	12,3	14	224.001	17,7	14
PSE-EE	174.682	16,8	12	298.473	23,7	14	220.052	17,4	14
EA	105.136	10,1	8	103.628	8,2	6	108.635	8,6	6
IU	93.291	9,0	6	116.133	9,2	2	71.064	5,6	2
UA	27.797	2,7	5	—	—	2	15.738	1,2	2
Otros	1.462	0,1	—	21.558	1,7	—	9.010	0,7	—
Nacionales	575.629	55,5	41	581.438	46,1	41	682.958	53,9	41
Izquierda	435.582	42,0	29	577.946	45,8	30	515.981	40,6	30
Derecha	584.239	56,3	46	663.773	52,6	45	734.584	58,0	45
CENSO	1.749.250			1.777.108			1.821.457		

Elaboración propia a partir de los datos oficiales de la Junta Electoral

Los retoques que estas elecciones han producido en la correlación de fuerzas no cambian de forma sustantiva el formato del sistema de partidos vasco, que sigue respondiendo a las características del *pluralismo polarizado*: a) siete partidos parlamentarios que cuentan, por la complejidad de la gobernabilidad vasca; b) una elevadísima fragmentación: c) un fuerte distanciamiento ideológico delimitado por una doble dimensión que define cuatro grandes espacios, nacionalista (3 partidos) *versus* estatal (4 partidos) y derecha (4 partidos) *versus* izquierda (3 partidos); d) la existencia de un partido antististema con un importante peso electoral, vinculado al terrorismo y con mayor capacidad de chantaje en la actual coyuntura política.

Tabla 2.
Formato del sistema de partidos vascos entre 1980 y 1998

	1980	1984	1986	1990	1994	1998
Fragmentación parlamentaria (Fp)	.81	.72	.81	.81	.82	.79
Dispersión parl. corregida (Dp)	.87	.90	.94	.94	.96	.92
Volatilidad (Vt)	—	13	25*	11	5	8
Nº de partidos parlamentarios	7	5	7	7	7	7
% escaños del 1º partido	41.7	42.7	25.3	29.3	29.3	28.0
% escaños del 2º partido	18.3	25.3	22.7	21.3	16.0	21.3
Diferencia entre ambos	23.3	17.4	2.7	8.0	13.3	6.7
Primer partido	PNV	PNV	PSE	PNV	PNV	PNV
Segundo partido	PSE	PSE	PNV	PSE	PSE	PP
% escaños entre ambos	60	68	48	51	45	49
Mínima mayoría parlamentaria	2	2	3	2	3	3
Nº de partidos gobernantes	1	1	2	3**	3	2***
Composición del Gobierno	PNV	PNV	PNV	PNV/ PSE	PNV/ EA/ PSE	PNV/ EA/ PSE

(*) En 1986 nace EA y la CP tiene que competir con el CDS. (**) El primer gobierno de coalición PNV/EE se rompe en Septiembre de 1991, siendo sustituido EA por el PSE y formándose una nueva coalición PNV/EE/PSE. (***) Gobierno de coalición PNV/EA con apoyo de investidura de EH.

(un incremento de + 25 %), aunque su 58 % sólo supere en casi dos puntos la proporción de 1994. Lo más significativo, de nuevo, es el reequilibrio interno entre el PNV y el PP; el primero obtiene el 47 % del voto de este bloque tras retroceder cinco puntos desde 1994, mientras que el segundo representa el 30 % tras incrementar los mismos cinco puntos desde hace cuatro años.

En el bloque de *la izquierda*, en un contexto general de elevada participación, el balance se salda con una menor movilización (70.399 votos más que en 1994 y un incremento de + 16 %) y sus 515.981 votos son el peor resultado de todos los tiempos, ya que la ganancia de un escaño no impide que el 40.7 % rebaje en más de un punto la cota de hace cuatro años. También aquí se produce un reajuste interno, caracterizado por la concentración de voto en las dos opciones principales, EH y PSE-EE, que equilibran sus posiciones con una ligera ventaja del primero (43 %) sobre el segundo (42 %), después de haber avanzado el uno cinco puntos y el otro dos puntos en relación a 1994, lo que, con la peculiar correlación de fuerzas sindicales del país, puede suponer un cambio histórico en la izquierda vasca si se consolida la radicalización izquierdista.

Desde otro punto de vista, *los partidos de la coalición de gobierno (PNV/EA/PSE-EE)*, a pesar de haber incrementado en 98.794 votos sus apoyos electorales y mantener una mayoría absoluta, tanto de votos (53.6 %) como de escaños (41), pierden un escaño y retroceden algo más de dos puntos víctimas de la dinámica centrífuga que ellos mismos han propiciado en favor de las opciones bipolares de la oposición (PP y EH). Con todo, el único que contiene la pérdida de escaños de la coalición es el PSE-EE (+ 2) tras haber salido del gobierno durante el verano.

Finalmente, la confrontación de campaña entre *los dos frentes*: el de Estella (los nacionalistas más IU) y el estatutista (PP y PSE-EE) —ya que UA propugnaba la autonomía separada de «Alava como Navarra»—, se salda con un retroceso de casi cinco puntos porcentuales y cuatro escaños del primero y un avance de más de seis puntos y siete escaños del segundo. Es cierto que los firmantes de Estella mantienen una holgada mayoría del 59,5 % frente al 37,3 % de los estatutistas, pero, mientras entre los primeros el único que mejora sus posiciones es EH, entre los segundos lo hacen los dos, si bien en mayor medida el PP que el PSE-EE.

Como se puede deducir de la tabla anterior, los parámetros básicos del sistema se mantienen muy estables en el último período: 1) el PNV repite como primer partido con un leve retroceso; 2) el PP sustituye al PSE-EE en la segunda posi-

ción con un notable avance; 3) la distancia entre el primero y el segundo se reduce a la mitad respecto a la legislatura anterior; 4) la suma de los dos se acerca a la mayoría absoluta, sin llegar a alcanzarla; 5) nuevamente, son necesarios tres partidos para asegurar una mayoría parlamentaria; 6) está sin despejar la incógnita de la fórmula final que asegure la gobernabilidad de la próxima legislatura.

El PNV con 350.322 votos vuelve a ser el primer partido, después de haber incrementado en 45.976 votos (15 %) sus apoyos de 1994. Se trata del mayor número de votos que haya recibido desde la escisión, igualando los de 1980, si bien por debajo de los de 1982 y 1984. Sin embargo, su 27,6 % de los votos válidos le supone un retroceso de casi dos puntos y su posición relativa es la peor desde 1986. Sin perder centralidad en el sistema de partidos, la pérdida de un escaño y el acortamiento de distancias con el segundo partido (PP), que, además, es un competidor electoral directo, debilita notablemente su holgada posición anterior.

El PP, sin ser el vencedor, es el gran ganador de estas elecciones. Sus 251.743 votos son los mejores resultados del centro-derecha autonomista desde 1977, habiendo incrementado sus apoyos de 1994 en más de 100.000 votos (71 %). Su 19,9% de los votos válidos es el mejor resultado de todos los tiempos, después de haber mejorado en casi seis puntos su posición relativa de hace cuatro años, llevándole del tercero al segundo puesto y sobrepasando en esa posición al PSE-EE y, lo que es más importante, arrebatándole la referencia mayoritaria tradicional del espacio autonomista. Su mejor posición relativa en Alava y el mayor valor de los votos de esta circunscripción hacen que su posición se refuerce aún más en términos de peso parlamentario, al subir cinco escaños (+ 45 %), siendo sus 16 escaños actuales los mejores resultados de este espacio en toda la historia autonómica vasca. Además, el principal activo de su posición es el hecho de ser partido de gobierno en Madrid, con un elevado protagonismo en la fase de normalización política que se acaba de abrir.

EH es el otro gran ganador de estas elecciones, capitalizando al máximo los efectos electorales de la tregua y del pacto de Lizarra. Sus 224.001 votos son los mejores resultados obtenidos por HB en toda la historia electoral de la CAV, dejando muy por debajo su récord de 207.382 votos de las elecciones forales de 1987, tras incrementar sus apoyos de 1994 en 57.854 votos (+ 35 %) al recuperar los votantes que le habían abandonado a HB en los últimos años y sumar nuevos electo-

res. Su 17,7 % de los votos válidos, al mejorar su posición relativa en algo más de punto y medio, le permite recuperar la posición de 1986, aunque queda por debajo de la de 1990, volviendo al tercer puesto y, lo que es más revelador, sobrepasando por poco al PSE-EE, al que le disputa la referencia de la izquierda. Sus 14 escaños, tras la subida de 3 (+ 27 %), le dan la mejor posición parlamentaria de toda la historia autonómica, máxime si logra demostrar que tiene autonomía política y abandona poco a poco su trayectoria antisistema.

El PSE-EE con sus 220.052 votos y un incremento de 45.370 votantes (26 %) desde 1994 muestra una clara recuperación tras su fase de declive de los años 90, si bien su apoyo electoral actual sigue estando por debajo del obtenido en los años 1984 y 1986. La cara amarga del resultado, sin embargo, la muestra la debilidad de su posición relativa, ya que su 17,4 % de los votos válidos mejora en poco más de medio punto su proporción de hace cuatro años y, sobre todo, le hace perder el segundo puesto, pasando al cuarto y siendo sobrepasado por partidos que le disputan la referencia en los espacios autonomista (PP) y de la izquierda (EH). Sus 14 escaños, tras recuperar dos de los perdidos en 1994 (+ 17 %), se quedan a medio camino entre esa fecha y los resultados de 1990. Con todo, la debilidad relativa del PNV y el fortalecimiento de la oposición colateral de los extremos del sistema (PP y EH) refuerzan su centralidad moderada, si acierta a jugar adecuadamente sus bazas políticas y evita quedar desplazado del nuevo escenario abierto por la pacificación.

EA obtiene 108.635 votos y, aunque sube algo más de 3.000 votos (+ 3%) desde 1994 en lo que es un estancamiento aparente, se desuelga claramente de los puestos de cabeza, no pudiendo sacar provecho electoral de la altísima movilización del voto nacionalista al quedar atrapado casi sin espacio por sus dos grandes competidores (PNV y EH). Aunque mantiene su quinta posición, el 8,6 % de los votos válidos, tras retroceder casi punto y medio, le reducen a un espacio marginal solo compensado por su alianza con el PNV. Sus 6 escaños, tras haber perdido 2 (- 25 %), le sitúan en la peor posición desde su aparición en 1986, abocándole a medio plazo, primero, a coaligarse electoralmente con el PNV y, más tarde, simplemente a fusionarse o ser absorbido por él.

IU con sus 71.064 votos, tras haber perdido más de 22.000 votos (- 24 %) desde 1994, muestra un claro retroceso, derrochando los réditos que había obtenido del realineamiento del

voto de izquierda desde 1993. Su 5,6 % de los votos válidos le hunde más en su sexta posición al perder casi tres puntos y medio e incluso no alcanzar la barrera mínima del 5 % en Guipúzcoa. Sus dos escaños, después de perder cuatro (- 67 %), convierten en residual su posición parlamentaria, no pudiendo formar grupo propio, relegándole a una situación muy similar a la que tenía el PCE en la primera legislatura de 1980. Lo más grave es que su espacio político se estrechará hasta desaparecer por la presión de los otros dos competidores de izquierda (EH y PSE-EE).

UA logra mantener 15.738 votos en un claro declive que le lleva a perder más de 12.000 (- 43 %) de los obtenidos en 1994 por la fuerte presión del voto útil del PP, lo que le sitúa en peor posición que cuando apareció en 1990. Su 8,4 % de los votos válidos en Alava, tras retroceder más de diez puntos, le lleva de la segunda posición que obtuvo en 1994 a la quinta, perdiendo gran parte de su capacidad para influir en la vida política e institucional alavesa. Finalmente, sus dos escaños, lejos de los cinco de hace cuatro años, le impiden formar grupo parlamentario y le obligan a compartir grupo mixto con IU, con muy poca posibilidad de incidencia en la vida parlamentaria.

Un dato nada desdeñable de estas elecciones es la tendencia que apuntan hacia un pluralismo moderado en el que puedan quedar sólo cuatro espacios políticos. En efecto, los cuatro grandes partidos se mueven en un recorrido máximo de 10 puntos porcentuales de los votos válidos y 7 escaños, cuando hace sólo cuatro años era de 15 y 11, respectivamente. Pero, además, los partidos menores (EA e IU) han quedado descolgados y, si antes se situaban a solo 5 ó 6 puntos porcentuales del segundo escalón de partidos (PSE-EE, PP y HB), ahora están a más de 9 puntos porcentuales y un mínimo de 8 escaños.

**CONCLUSIONES:
POLÍTICA DE
ADVERSARIOS
VERSUS POLÍTICA
DE CONSENSO**

Estas sextas elecciones autonómicas vascas van a pasar a la historia política de Euskadi como las de la recta final hacia la normalización de la vida política en nuestro país. No van a abrir ningún proceso constituyente ni van a constituirse en la antesala de la segunda transición, porque esto sólo sería posible si hubiese quebrado el consenso político y las reglas del juego que permitieron el alumbramiento de una página tan brillante de nuestra historia reciente. Por el contrario, la integración en el sistema y en la cultura política democráticos de la minoría violenta y antisistema, que hasta ahora sostenía y practicaba la violencia en nombre de un supuesto déficit democrático, puede

ser el mejor síntoma de fortaleza de nuestra democracia, así como un reto para la normalización de la vida política vasca. De este modo, las perspectivas reformistas abiertas por la nueva situación sólo son posibles, y así han de entenderse, después del largo y fructífero período de consolidación democrática iniciado en España en 1983 y rematado en Euskadi a partir de 1986.

Las elecciones del 25 de Octubre de 1998 se han producido como una arena de primer orden, si nos atenemos a la altísima movilización del electorado vasco, pero se habrían mantenido en las coordenadas que les eran propias como una arena de segundo orden, si tomamos en consideración la constante de un mayor respaldo electoral a las opciones nacionalistas, como corresponde a la mayor incidencia de la dimensión nacionalista/localista a la hora de la decisión de voto.

Por otra parte, cerrado el ciclo de realineamiento electoral iniciado en España y en Euskadi en 1989, según el cual PP e IU mejoraban de forma continuada sus resultados a costa del PSEOE y, en menor medida del PNV, y el nacionalismo perdía apoyos electorales, se trataría de unas elecciones, básicamente, de continuidad. La correlación de fuerzas parlamentarias no cambia de forma significativa y la gobernabilidad del país sigue pasando por que el primer partido (el PNV) tenga que entenderse con, al menos, otros dos partidos, que son los mismos de hace cuatro años (PP, EH, PSE-EE y EA), si bien con cambios cualitativos más allá del ligero baile de posiciones. El PP ha sustituido al PSE-EE en la segunda posición y hoy, además, también es el partido del gobierno en Madrid, mientras que EH ya no es HB, sobre todo por el nuevo espacio político que le ha abierto la disposición de ETA al abandono de las armas y la cobertura política que le da la relación privilegiada con el PNV en el seno del pacto de Lizarra.

Bajo el condicionante directo del anuncio de tregua de la banda terrorista y el impacto movilizador de ésta y su correlato de la llamada «declaración de Estella», la campaña electoral agudizó las tensiones hacia una mayor polarización de los comportamientos electorales. La reacción iniciada en Ermua, como símbolo del hartazgo de la sociedad vasca contra la violencia y de la aspiración creciente a un cambio de rumbo por parte de la mayoría autonomista, amenazaba seriamente el mantenimiento del statu quo caracterizado por la hegemonía política del nacionalismo. El impacto de la tregua, sin llegar a invertir la fuerza de cambio que impulsaba el llamado «espíri-

tu de Ermua», logró contenerla movilizándolo al máximo a la base social del nacionalismo.

La polarización entre Ermua y Estella, caracterizada por la radicalización de la campaña electoral, y el proceso político abierto por la tregua tuvo dos beneficiarios directos: el PP y EH, los dos extremos del pluralismo polarizado vasco, que se adjudican ocho de los diez escaños que han cambiado de titular en estas elecciones. El primero, además de encarnar el sufrimiento reciente como víctima preferente del terrorismo, es el actor principal de la firmeza del Estado y su modelo constitucional, al que muchos entendieron que era necesario reforzar para asegurarse una mejor posición en el inminente proceso negociador. El segundo, por su parte, obtenía el reconocimiento de quienes, habiéndole abandonado en el camino, se sentían aliviados por su giro estratégico y aquellos otros que lo agradecían o lo apuntalaban, tratando de que la política sustituyese definitivamente a las armas, arrinconando a ETA para darle todo el protagonismo a EH. Se trata, por tanto, de un leve, aunque significativo, movimiento centrífugo de no más de un 8 % del electorado, facilitado por la propia moderación (o desplazamiento centrípeto) de estos dos actores políticos, llamados a jugar un papel principal en los procesos de pacificación y normalización.

Esta polarización, moderadamente centrífuga, tiene dos tipos de víctimas: la primera y principal, los partidos menores del sistema (IU, UA y EA), que pierden nueve de los diez escaños volátiles, denotando, además el impacto sobre sus apoyos del reforzamiento del voto útil de los grandes partidos; la segunda víctima, aunque de forma más atenuada, el frenazo a las expectativas electorales de los dos partidos centrales del sistema (PNV y PSE-EE), que suman un escaño, gracias a que las ganancias socialistas enjuagan parte de las pérdidas nacionalistas, y siguen aglutinando a más del 45 % de los votantes. Ambos, sobre todo por el camino recorrido juntos, están llamados a ejercer la función de las formaciones políticas de Mr. Trimble y Mr. Hume en el proceso político norirlandés (aunque sea con los papeles cambiados) y, por lo tanto, están condenados a entenderse por el bien de la gobernabilidad del país, más allá de la pura aritmética parlamentaria y de la estabilidad institucional, con ser éstas importantes.

En un contexto relativamente estable de pluralismo polarizado con importantes tensiones centrífugas, la gobernabilidad solamente puede basarse en alianzas que, además de asegurar mayorías parlamentarias sólidas y estables, refuerzan las diná-

micas centrípetas o moderadoras del sistema en un marco político de democracia consociativa que desarrolla un proceso de pactos múltiples.

El actual pluralismo polarizado caminará mejor hacia su moderación, si los procesos de pacificación y normalización en marcha cuentan con pautas consociativas de gobernabilidad y para ello el elemento central sería una coalición de gobierno centrípeta, que exigiría a sus socios potenciales el ejercicio político de despojarse de las adherencias y tics polarizadores adquiridos en los últimos tiempos. Lo menos recomendable en estos momentos es precisamente cualquier gobierno débil (rehén) o polarizado (de un frente contra otro), porque es volver al error de la política de adversarios de la primera legislatura autonómica, en la que un PNV en minoría no tuvo ningún inconveniente en utilizar políticamente el absentismo parlamentario de HB para gobernar como si hubiese obtenido mayoría absoluta. Este es el error que, unos por acción (PNV y EA) y otros por omisión (PP y PSE-EE), pero todos de forma irresponsable, están cometiendo ahora haciendo a EH, innecesariamente, árbitro político de la gobernabilidad vasca.

EH cuenta, y mucho, para el proceso pacificador y la normalización de la vida política, pero su actual papel como fuerza antisistema pasa necesariamente por su reconversión en una oposición responsable. Tal proceso de reconversión requerirá tiempo: primero, para transitar desde una oposición antisistema de apoyo y práctica de la violencia a una oposición, todavía inevitablemente antisistema, en la que, erradicando definitivamente la violencia y el totalitarismo de sus comportamientos políticos, defienda, aunque sea de forma desleal, sus propuestas políticas; y, sólo después, cuando recorra el resto del camino hasta la asunción plena de las reglas del juego democráticas, estará en condiciones de ejercer de forma responsable tanto el gobierno como la oposición. En esto tienen mucho que decir el resto de los actores políticos democráticos, que deberán moverse en unos márgenes de acción política que eviten, tanto el ocultamiento de su carácter profundamente antisistema mediante una legitimación política artificial y sin credenciales democráticas, como su exclusión de todo juego político, sobre todo en el terreno de la pacificación y de las reformas, que pudiera producir su enquistamiento.

Es cierto que la aritmética puede avalar cualquier fórmula de gobierno, pero, aunque sean legales, no todas las coaliciones son políticamente viables, ni son igualmente recomendables por su déficit de legitimidad. La legitimidad no depende sólo

de haber obtenido mayor o menor respaldo en las urnas y representar a un sector de la ciudadanía (así argumentaba el partido nazi y la derecha alemana en la crisis de la república de Weimar), sino, y sobre todo, del respeto a las reglas del juego establecidas y el rechazo a los métodos violentos y totalitarios, aunque se defiendan programas más o menos rupturistas. El nacionalismo vasco se equivoca, aunque se base en un cálculo interesado, cuando transfiera al conjunto de la sociedad y al resto de las fuerzas políticas su particular *síndrome de Estocolmo*.

La gobernabilidad en un sistema de pluralismo altamente polarizado exige, además del equilibrio centripeto y la integración moderada de las sensibilidades que polarizan, la seguridad en el respeto por parte de los socios a las reglas de juego y la lealtad democráticas. Sólo cabe esperar, por el bien de todos y del propio proceso democrático, que el *paso al frente* del nacionalismo con su vuelta a la *política de adversarios* practicada entre 1980 y 1985, dure mucho menos y volvamos, mejor pronto que tarde, a las pautas de consenso que tan buenos rendimientos políticos han producido en la última década larga. En todo caso, nuestra clase política debe tener claro que sin el respeto al pluralismo representativo y su correlato político de democracia consociativa este país es políticamente inviable, más allá de las ensoñaciones etnicistas decimonónicas, preñadas de tradicionalismo carlista y guerrillerismo tercermundista.

EUSKADI: SITUACIÓN ACTUAL Y FUTURO

Joseba Arregi (*)

UNO

No sé si exagero al afirmar que en los últimos meses se ha ido condensando en la sociedad vasca, o en algunos segmentos de ella al menos, la sensación de encontrarnos en un punto de inflexión definitiva de la historia vasca. Es como si la duración de la violencia terrorista mantuviera a la historia vasca en suspenso, como si dicha violencia creara un paréntesis que impidiera avanzar a la resolución definitiva de nuestros problemas.

Ahora que ETA, por las razones que sea y que no voy a entrar a tratar de analizar aquí, probablemente por un cúmulo de causas y motivos múltiples y diversos, ha declarado la tregua, se habría iniciado, según la sensación apuntada, una época nueva en la que nuestra historia pudiera avanzar por la senda de las soluciones definitivas.

Aunque también es necesario señalar que el deseo o la esperanza de resolver definitivamente nuestros problemas, cualesquiera que éstos sean y como quiera que los definamos, punto éste en el que probablemente no nos pondríamos todos de acuerdo, tiene como fuente lo contrario a la afirmación de encontrarnos en una situación totalmente nueva después del anuncio de tregua, es decir, la sensación ya vieja de cansancio, de aburrimiento, de haberse roto los dientes demasiadas veces en el llamado problema vasco: a ver si de una vez por todas queda resuelto el tema en la dirección que sea, pero para siempre.

Sea motivo por una nueva ilusión debida a la tregua anunciada, sea a causa del cansancio sentimental, espiritual e intelectual acumulado, lo cierto es que se palpa esa sensación de haber lle-

(*) Publicista.